

indiferencia por los dolores ajenos, muéstranse con verdad en aquella respuesta de un capitán de milicias á varios católicos fervientes, los cuales á una le citaban á que matase á un calvinista caído en sus manos: «dejadme que haga rabia y que tenga cólera.» El imbécil Charpentier mató al gran Pedro Ramus porque sabía éste matemáticas y él no. Los mercaderes mataban á sus competidores. Más de un acreedor se libertó por este horrible medio de sus deudas. Agravios ligeros, bromas baladíes, miradas desdeñosas, chismes de vecindad se pagaron á una con la vida. Mientras los asesinos corrían por todas partes como furias abortadas por el infierno en busca de víctimas y las víctimas caían sacrificadas en tropel como si no hubiera piedad en el corazón y Dios en el cielo, repicaban á rebato las campanas todas de las iglesias en vez de llamar á misericordia; y los frailes desde los púlpitos excitaban á la matanza y al incendio como si quisiesen exterminar el Universo. De calle á calle mil encuentros llegaron á empeñarse y á sostenerse mil varios combates. Murieron innumerables mujeres, muchas de ellas en cinta. Algunos infames, para cerciorarse de que la generación hugonote se extinguía, metieron sus cuchillos en el vientre de las madres y les sacaron los fetos palpitantes. A un pobre mercader le mataron rodeado de cinco hijos; y para que no llorasen éstos y con sus llantos turbaran la fiesta religiosa, los echaron al Sena. En una casa donde toda la familia, sin excepción, acababa de morir degollada, quedaron dos niños gemelos en triste cuna. Un pajarero de esos que matan avecillas por gusto y diversión, allá en los campos, se conmoviera si encontrara los implumes pájaros en nido privado de la madre. Pero los siervos de Dios, que consumaban la matanza de San Bartolomé, cogieron la cuna donde se hallaban las dos criaturas y la echaron por una ventana, sin piedad, al río. Niños, de diez años el que más, arrastraron niños de meses poniéndoles cuerdas al cuello. Cuentan de un verdugo que arrojó una niña de medio año al río en el momento mismo en que la criatura le pasaba las manecitas por las barbas y le sonreía con esa sonrisa de la inocencia, semejante al claror del cielo. Marido cansado de su mujer hubo que llevó los asesinos á su propio lecho para que le desembarazasen de su carga. Mujer hubo que arrojó á su marido en cueros á la calle para que lo matasen al paso. Pleiteante hubo que mató á su contrario. Y pretendiente que mató al dueño del destino codiciado. Un tal Gondi apuñaló á Lomenie después de haberle constreñido á firmar un papel cediéndole sus tierras. Bouillar, canónigo de Nuestra Señora, murió, consumido en el fuego, quizás por sus sermones atizado, á causa de ser antipático á los sacristanes, monagos y demás servidumbre de su iglesia. El general Birón se parapetó en el arsenal, y allí puso dos culebrinas cargadas mirando hacia París. Cuéntase de él que salvó á un niño á quien deseaba matar su hermana mayor para heredarlo. Cuéntase de un muchacho que se salvó por haber estado tres ó cuatro horas sin resollar escondido bajo los yertos cadáveres de toda su familia. A las puertas del Louvre llegaban los pretendientes á centenares pidiendo las plazas vacías por la horrible virtud de sus puñales. ¿Quién podría des-

cribir aquellas horas? El instinto de la vida y el amor á la propia conservación despertándose con toda su fuerza en las víctimas señaladas para el sacrificio; las personas queridas amenazadas y sin auxilio posible porque cada cual necesitaba las fuerzas todas para defenderse á sí mismo; familias enteras aguardando el golpe último con la triste paciencia de los rebaños en las carnicerías; los gritos de los que piden compasión; los estertores de los que agonizan, los llantos de los que temen, las voces de las pobres mujeres que imploran, mezclándose con los dicharachos, con los juramentos, con los resuellos de los asesinos, con los disparos de los mosquetes, con los toques de rebato, con el terror horrible diseminado en los aires y sólo comparable á las grandes catástrofes guardadas por las tradiciones, ó soñadas por la teogonía, sólo comparables al diluvio bíblico y al juicio final. Concluido esto, después de haber inmolado, según dice de Thou, unas treinta mil personas, el Rey salió, rojo el semblante, como si toda la sangre vertida se reflejara en él; descompuesto el cabello, como si las furias del infierno se lo hubieran mesado; torvos y bizcos los ojos, caídos los labios cual si la muerte se dibujara en ellos, para decir al Parlamento que todo cuanto había pasado, pasó por su soberana voluntad. Y al salir arrancaron un hombre de su comitiva y le dieron en su presencia muerte, diciendo que aquel era el último hugonote. Así acabó la tragedia de San Bartolomé.

La muerte de Carlos IX se pareció en todo á la vida. Estas almas flotantes y tornadizas, exentas de propósitos seguros y faltas de ideas fijas, como suelen pasar por todo, experimentan dobles remordimientos que les causan dolores inenarrables. Carlos IX había presidido una matanza; y no estaba cierto, ni de su necesidad, ni de su justicia. Los grandes sacrificios, aunque sean de humildes corderos ó de bueyes, como los sacrificios bíblicos, no se aceptan y se justifican por los mismos sacrificadores, sino creyéndolos necesarios al pueblo y debidos á Dios. Aún el Rey de aquel Escorial, desde cuyas cimas caía tan espesa nube sobre la libertad del pensamiento humano, hállase justificado en lo posible por la exaltación de su fe; pero este loco siniestro del Louvre, saquea, incendia, mata, extermina, sin fe ninguna en el alma, sin objeto religioso ni político, entre dos creencias incierto y entre dos iglesias dividido, vil instrumento de su avieso hermano y de su maquiavélica madre. Y teniendo inteligencia para comprender el mismo mal que no podía evitar, se clavaba, como puñales interiores los remordimientos, y se concluía poco á poco por un largo porfiado é íntimo suicidio. En los dos años escasos mediantes entre la matanza consumada en Agosto del 72 y la muerte sucedida en Mayo del 74 ¡qué grandes tormentos! ¡Cómo se clavaba las uñas en las carnes y los recuerdos en el alma! ¡Qué poblado el Universo de fantasmas á sus encendidos ojos; y qué pobladas de pesadillas las noches en sus trágicos sueños! Ocho días después de la matanza, claro el cielo y el sol resplandeciente, negra nube de siniestros cuervos se posó en los frisos del palacio lanzando graznidos horribles. Al repique de aquellos picos siniestros, al aleteo de aquellas negras alas, al fulgor

de aquellos ojos carniceros, el Rey sintió tal miedo que gritó como si lo estuvieran matando, é hizo que toda la corte saliera en tropel á las ventanas para que no se lo llevaran á él, sólo á él, anticipado cadáver, por el cual venían aquellos pájaros huemeadores de la muerte. La noche subsiguiente á tal escena, Carlos no pudo cerrar los ojos. En cuanto extinguía la luz, levantábanse los muertos de sus tumbas y corrían muchos en torno de su lecho, mirándole con los huecos de sus ojos vacíos que despedían llamaradas fosforescentes y siniestras como si le trajesen ya los reflejos primeros del infierno. El infeliz se levantó é hizo venir á su cuñado el Rey de Navarra. Cuando, tras muchos años, contaba éste á sus gentiles hombres y á su corte semejantes incidencias de tan trágicas escenas, se le ponían de punta los pelos y un frío epiléptico se le derramaba por los nervios. Cosa terrible aquel joven, rey de Francia, huyendo de su lecho como un resucitado de su sepulcro, y tomando por furias externas y por demonios reales sus íntimos y propios remordimientos. Aquellos ojos salidos casi de las órbitas veían lo que nadie veía; y aquellos oídos moviéndose á todos lados, oían lo que nadie oía. Y sin embargo, él aseguraba que las sombras negras de la noche oscura se veían llenas de blancos fantasmas semejantes á los fuegos fatuos de los cementerios, y que los aires, á su vez, se hallaban cargados de clamores horribles, de gritos estridentes, de rechinamientos siniestros, de angustiosos estertores, de quejidos y ayes continuos, como si estuviera consumándose una matanza en prolongada inextinguible noche de un nuevo San Bartolomé eterno. Su alucinación tomó tal intensidad que hizo despertar á la guardia y correr por todos los salones para impedir aquellos atentados. Cuando los guardias volvían y le contaban que todo el palacio y todo el pueblo yacían tranquilos y entregados al sueño, sin ver ni oír cosa alguna de las vistas y oídas por el Monarca, desesperábase con desesperación instensísima éste, y creía que todos se reían de él por no creer que le atormentaban con aquellas sobrenaturales visiones, poniéndolo en descoyuntado potro, su propia íntima conciencia. Para distraerse íbase por las noches, á guisa de los calaveras deshechos, enmascarado, disfrazado, vestido algunas veces á lo escolar mendicante, á la plaza de la Greve, barrio de Montfaucon, rompiendo vasos, mesas y costillas, forzando puertas y mujeres, en desorden tanto más terrible cuanto que buscaba el olvido y no podía jamás encontrarlo. Entonces dejaba tal género de placeres y escogía la caza. Pero ésta caza tornábase infernal como la célebre del poeta germánico. Empezaba en monterías gigantescas, una carrera de tal suerte vertiginosa, que su caballo y él desaparecían á la vista como si los arrastrasen las ráfagas de huracán rabioso en sus torbellinos. Y no encontraba descanso, porque no encontraba en ninguna parte olvido. Cuando tras una noche de orgía, una jornada de vértigo, ni siquiera conciliaba el sueño, de reposo material y moral destituido, tornábase horrible, como si, muerto y enterrado, volviese tras un viaje sobrenatural á la tierra. Sus cabellos de punta parecían metálicos; su estatura se alargaba y encogía con la movilidad misma de sus propósitos; su delgadez le daba el aspecto de un sér

fantástico; la hiel se le tendía por todo el cutis y la epilepsia por todos los nervios; crispábasele sin poder remediarlo á una las dos manos; torcíasele los ojos apagados; y de la boca convulsa le salía una baba sangrienta. Entonces sólo hablaba de matar. Quiso una noche atravesar con su espada el corazón de Guisa; y otra noche también el corazón de Anjou; y estrangular á La Mole con sus propias manos, porque le creía instrumento de Alenzón. Como dice un gran historiador, hablando de matar á todo el mundo, sólo se mató á sí mismo. En la caza continua y en las orgías inacabables dejábase su vida por venir como la oveja el vellón entre las zarzas. La demencia de su espíritu había llegado hasta el extremo de pasarse veinticuatro horas tocando una corneta de montería con tal furor que acababa por escupir esputos de sangre. Al término de un ejercicio así, acostábase; y no dejándole dormir sus remordimientos, volvía de nuevo á levantarse y á correr desaforado y á golpear contra las paredes como la fiera enjaulada contra los hierros de su jaula. Entonces los ojos se le ponían encendidos como dos hierros candentes, y el cuerpo todo entero amarillo como una pajuela, pareciendo un sér sobrenatural, de especies no clasificadas por la ciencia en ninguna zoología. Sus domésticos decían que se hallaba envenenado y que la ponzoña con su jugo horroroso le traía de tal modo, que le trocaba en verdadero habitante del infierno. Tras dos años así, ¿qué había de ser su muerte? ¿Qué caracteres había de tener su agonía? La madre que le diera sér y vida, una furia; el hermano que debía sostenerle y acompañarle, un enemigo; la mujer, una razón de Estado; por consiguiente, su alma no tenía descanso alguno posible contra los propios remordimientos. Al acercarse la postrimera hora, y en minutos de lucidez, reconcentrada su alma sobre sí misma, holgábase de no legar su trono á hijos legítimos para quienes debía de ser, como fuera para él, un cruel tormento. A semejanza de Augusto parecíale bien, para tomar desquite y venganza de los franceses, dejarles por sucesor un Rey como Enrique III. Así, envenenado por sus recuerdos, presa de sus remordimientos, entre nefastas visiones y siniestros estruendos, como si desde la matanza horrible se hubiera precipitado en el infierno, murió aquél que, por debilidad, consintiera, mejor dicho, comandara la noche de San Bartolomé.

La maldición, por Carlos IX lanzada, se cumplió á la letra. El heredero agravó al antecesor. La debilidad incurable del tercer Enrique suscitó la horrible asociación llamada la liga, especie de feudal ejército, apoyado en el omnímodo poder de la España católica, y presidido y mandado por el poderoso heredero de los Guisas. Tal partido constituyó una verdadera nación en armas, frente á la nación del Rey. Como nación, pudo levantar soldados, sostener tribunales, exigir tributos, pactar con las naciones extranjeras, é imponerse cuando le placía y como le placía en ocasiones múltiples al verdadero Monarca. El objeto de la liga era impedir la pacificación religiosa procurada por los edictos pacificadores de los Valois; retener á éstos en el Catolicismo; representar la intolerancia religiosa y el recuerdo de San Bartolomé. Algunas veces, cuando se veía con cartas de Felipe II, con ben-

diciones de Gregorio XIII, con ciudades bajo su mano, con ejércitos á sus órdenes, con París entero á su devoción y á su merced, creíase Guisa un monarca, soñaba con ceñirse á sus sienes la corona vacilante ya en las sienes de la podrida familia de los Valois, muerta moralmente por su descrédito universal, y físicamente moribunda por sus enfermedades hereditarias. Y el empeño de recoger la corona francesa crecía de punto en Guisa, cuando la miraba cerniéndose y acercándose á las sienes de un tan probado calvinista como Enrique de Navarra. La estatura imponente del general católico, la cicatriz de su cara, partida y menguada en reñido combate; el prestigio de su nombre; las rentas de sus catorce obispados y de sus innumerables dominios, dábanle de soberano aires y le ponían como rival temible frente á frente de aquel hirsuto, aromado, ceñido de collares y brazaletes, contrahecho y adobadísimo por los afeites, muelle y blando en su voluptuosidad irremediable, tornadizo y caprichoso como la más envilecida prostituta. Enrique de Guisa, llevó su rivalidad tan lejos con Enrique de Valois, que hallándose alojado éste allá en su Louvre, atravióse aquél á entrar en París aclamado como un dios por el pueblo y á oponer sus ejércitos y barricadas á las fuerzas y autoridad del Monarca. Huyóse de su capital éste, y como siempre que se veía el poder real apurado, apeló á la convocación de las Cortes francesas, es á saber, de los Estados Generales, para ver de procurarse recursos y de sobreponerse á tantos magnates católicos y ortodoxos empeñados en sostener y alimentar la guerra civil. Pero en los Estados Generales, dominaron también los Guisas: Los tres presidentes en los tres brazos, fueron servidores y hechuras de la familia rebelde. Ya no le quedó al Rey otro refugio que aquel buscado siempre, como la gravedad busca su centro, por la maldita dinastía de su apellido, el crimen. Enrique III, Monarca, representante de la ley, armado de los instrumentos de la justicia, circuido de tribunales con tantos jueces y magistrados bajo su jurisdicción y autoridad, con tantos ejércitos á sus órdenes, procedió como un asesino de profesión; y pagó sus bravos, y fingió sus trampas, y tramó la conjuración correspondiente, y mató á Guisa en su propia Cámara real; rehabilitando con este crimen al rebelde ante la Historia y envileciéndose él más, si cabe, ante la conciencia universal. Después de matar al duque, mató al cardenal en su propio palacio y de idéntica traidora manera. Hecho esto, se fué á ver á su madre, ya muy enferma; y le dijo: «Soy Rey de Francia y acabo de matar al Rey de París.» La capital se levantó en armas al ver quebrado su ídolo; y Enrique III, en compañía de su cuñado el Rey de Navarra, fué á sitiaria. Hallándose alojado en Saint Cloud, un fraile conocido con el nombre de Santiago Clemente, y excitado por la hermana del duque de Guisa, continuando aquella serie de horribles crímenes, asesinó al Rey de una puñalada. La familia de los Valois, desapareció con esta inmolación y fué á recaer la corona hereditaria en la familia calvinista por excelencia, en la familia de los Borbones de Navarra.

París, exaltadamente católico, y que odiaba de muerte á Enrique III, por sus complacen-

cias con los hugonotes, no podía someterse de ningún modo á Enrique IV, jefe, cabeza, brazo de la nueva religión, por todos los parisienses aborrecida y rechazada. Pues no digamos cual sería el horror de Felipe, al ver que no bastaba la familia de los Tudores en el trono de Inglaterra; la familia de los Oranges al frente de la República holandesa; los sucesores de Calvino en Ginebra; los príncipes de Brandeburgo y de Sajonia en el Norte y en el centro de Alemania; Dinamarca y Suecia tomadas también del licor de las ideas protestantes; sino que Francia, en centro de toda Europa, el pueblo cristianísimo, el mediador plástico entre todas las razas europeas, nuestra vecina por las cordilleras Pirenaicas y por las tierras flamencas, iba también á caer en heregía y á servir como de pábulo á la revolución universal. Aquellos ligueros, especie de soldados españoles por completo adscritos á la política del Escorial, en sus procesiones dentro de París, apagaban los cirios con los pies, pidiendo al apagarlos y extinguirlos, que de igual suerte se apagaran y extinguieran los Valois por herejes; y de manos á boca topaban con otros herejes mayores, con los Borbones de Navarra. La Liga y Felipe debían poner formal empeño en que tal daño no sucediese al catolicismo, y no diesen las guerras civiles tan venenoso fruto. Lugarteniente de Felipe II, el duque de Mayena, generalísimo de las tropas ligueras por el asesinato de Guisa, convino con el Rey de España en todo cuanto éste deseaba para impedir el triunfo de un Rey hugonote. Felipe llevó tan lejos la invencible repugnancia de su corazón al Monarca bearnés que no dudó en desconocer el principio hereditario, base de las monarquías y en reñir con el Papa Sixto V, por creerlo inclinado á la solución de él tan combatida. Por consiguiente, mandó al duque de Parma que dejase las operaciones militares en los Países Bajos, donde su arrojo y su prudencia le habían conservado las provincias católicas de Flandes, y se dirigiese con todo empeño y toda rapidez hacia París á restaurar á los ligueros en la capital sitiada y á impedir que sacara Enrique IV las ventajosas consecuencias contenidas en victorias tan brillantes como la victoria de Ivry. Dos veces levantó Alejandro Farnesio el sitio de París en dos campañas, las cuales, por los prodigios de su estrategia y de su táctica, sólo hallarán sus semejantes en la Historia unos siglos más tarde, cuando aborte la naturaleza, el singular genio generoso de Napoleón Bonaparte. Pero la Providencia se volvió contra Felipe. Así como los vientos, y no los ingleses, desbarataron la armada invencible, la muerte, y no la derrota, concluyó con el invencible Farnesio. Cuarenta y siete años tenía en el año de su muerte; y había ilustrado ya su nombre con hechos dignos de los primeros capitanes del mundo. Tal pérdida resultó un golpe irreparable á la cabeza del Rey de España. Y al propio tiempo París, que ya se cansaba del sitio, pues hizo pan hasta con polvo molido y sacado de los huesos de los muertos, veía con horror cómo en el fondo de su bravura y su pujanza resultaban cómplices de la dominación extranjera. Si, Felipe II no sólo tomaba plazas tan fuertes é importantes como Calais y otras, sino que pedía la destrucción de los principios contenidos en la ley sálica, principios esencial-